

Introducción

Como el lector podrá comprobar, el número 14 de *Temas de Disseny* es misceláneo. En él se recogen textos que se refieren directamente a cuestiones que con toda claridad provienen del complejo universo del diseño y otros que situaríamos en un amplio contexto de cultura y pensamiento; también los hay que corresponden a un campo difuso entre la semiótica pragmática, la retórica y la teoría de la argumentación. Podríamos decir que sus contenidos hacen honor al título de la publicación, ya que juntan el diseño con la comunicación y, finalmente, con la cultura. Según nuestro parecer, tal composición responde al espíritu ecléctico que domina el momento actual, no sólo dentro de los ámbitos profesional e intelectual del diseño, sino de la cultura en general. Por otra parte, el diseño siempre ha sido una actividad ampliamente pluridisciplinar y esto se ha manifestado siempre en las reflexiones teóricas que ha provocado. Es así, pues, que, de acuerdo con nuestras argumentaciones, los textos que presentamos vendrían a ser un exponente fiel del momento actual con su falta de ortodoxia al mismo tiempo que con una dispersión teórica y temática.

En este número queremos recordar y rendir un modesto pero sentido homenaje póstumo a José María Valverde, filósofo, poeta, traductor, maestro de imborrable recuerdo para sus discípulos; en definitiva, un hombre honesto y solidario que es como él seguramente preferiría que se le recordara.

Valverde, con su vida, con sus actitudes ha sido un intelectual que ha sabido combinar, de una manera perfecta, la cultura académica y la vida cotidiana. Él sabía que la filosofía está en la calle, donde anida, y que se la puede encontrar hablando con la gente, sea cual fuera su condición y cultura; también sabía que la filosofía académica verdadera de ninguna manera puede ser palabras sobre palabras, sino que debe ser sustancia viva de humanidad solidaria.

Profesor de estética, tuvo una vida bella, pues no se puede encontrar gesto más hermoso y elegante que el empleado en trabajar contra el abuso injusto de los tiranos. Mucha gente lo recordará cuando, en los años del franquismo en que reinaba la más pura y dura intolerancia, abandonó la universidad española y se fue al exilio en defensa solidaria de la palabra libre.

Los editores y redactores de nuestra publicación y especialmente los miembros de su Consejo Asesor que lo tuvieron como compañero y colega, le dedican estas líneas para que el sentido que tienen sus palabras, transcritas en alfabeto, se actualicen cada vez que alguien las lea.

El sumario se abre, precisamente, con el texto de José María Valverde «William Morris, precursor estético», publicado ya hace muchos años, concretamente en 1954,¹ tantos años que es prácticamente desconocido en nuestros días pero que hemos creído que mantenía intacto el interés que tenía cuando fue escrito y que, además, con el transcurso de los años, se le añadía otro de carácter histórico y biográfico. Por estas razones nos ha parecido oportuno reeditarlo en beneficio de los lectores de nuestra publicación.

1. Valverde, José María, «William Morris, precursor estético», en *Revista de Ideas Estéticas*, núm. 47, Madrid, 1954.

Tal como se podrá comprobar, el trabajo, por más que data de principios de los años cincuenta, época realmente negra, incluso trágica para Cataluña y España, tiene un innegable frescor porque, a pesar de la dieta ideológica que imponía la censura, en él se dice, sin estridencias, todo lo que era pertinente decir. Por otra parte, por lo que yo soy capaz de captar, se trata de un texto bien escrito en un registro castellano eficaz y, al mismo tiempo, lleno de elegancia.

Valverde, sin ahorrarse algunas referencias biográficas de William Morris, profundiza en la manera en que el autor británico valora el trabajo y el trabajo artístico en particular, como fundamento de su particular práctica estética, por no decir teoría estética en el sentido filosófico.

Resulta realmente interesante constatar que la visión que tenía Morris del arte y de la artesanía está hecha a partir de la cultura que había en medio de la sociedad industrial. Se añora, en cierta manera, del honesto trabajo del artesano tradicional, él que vive en medio de la negrura del industrialismo de Gran Bretaña. Todo esto lo resalta Valverde desde la perspectiva, ya relativamente alejada, de los años cincuenta de nuestro siglo. En la época de Morris, la máquina era chapucera y sólo producía fealdad a los ojos de los contemporáneos. Después de prácticamente cien años, superadas las primeras y más indeseables consecuencias del industrialismo, Valverde está en condiciones de entender mejor la situación y de denunciarla de una manera más justa que como lo hiciera el autor inglés.

Sobre el mismo tema que trata Valverde incluimos un texto de una investigadora, Anna Calvera, que ha trabajado, con mucha dedicación, la obra de William Morris y que lo ha hecho con unos resultados que nos aclaran algunos aspectos de su ideología no del todo bien entendidos e interpretados hasta ahora. Calvera clarifica y sitúa en su justo punto, según mi parecer, las aparentes contradicciones entre la ideología de Morris, contraria a muchas de las realidades y de las consecuencias de la industrialización, y su condición de precursor del diseño industrial y del interiorismo contemporáneos.

Vale la pena tener en cuenta que la perspectiva que nos ofrece Valverde corresponde a una visión deudora directa de la sociedad industrial, mientras que el estudio que hace Calvera corresponde al que da el final de la modernidad e incluso al agotamiento de la reacción posmoderna. De todas formas, ahora que tenemos muy asumidas las consecuencias del industrialismo, que los ornamentos ya no nos producen angustias y que la producción artesana nos queda casi tan lejana como la basada en la producción seriada propia del industrialismo incipiente, sería interesante continuar reflexionando sobre las dimensiones humanizadoras y alienantes del trabajo.

La obra de Morris, tal como nos la presentan los dos artículos que el lector encontrará en este número, presenta aspectos diferentes, aunque no contradictorios. En un principio, a través de su empresa, pretende mantener el buen gusto y las formas adecuadas de la tradición artesanal, en una época en que se pierden y que la fealdad invade el ambiente ciudadano; después Morris es un claro precursor, no sólo del diseño moderno, sino también de la empresa elaboradora y distribuidora de productos diseñados. Aún está su dimensión humanista y de crítica social desarrollada a través de la práctica política, de los escritos y de la ética alrededor del trabajo. También hay aspectos que se nos presentan como menores en sus reflexiones estéticas y artísticas, así como sus intentos literarios.

Siguiendo las especificaciones que constan en el título de nuestra publicación, que nos aclaran que, además de diseño, también trata de temas de comunicación y cultura, tenemos los artículos de Albert Berrio «*Edipo Re* de Pier Paolo Pasolini» y de Gregorio Luri «El Mito de Prometeo».

Los mitos nos acompañan desde la antigüedad más lejana. Por más que, a veces, parezca que el pensamiento mítico sea una característica exclusiva de las culturas primitivas, la verdad es que actualmente creamos mitos nuevos y recordamos los antiguos. Efectivamente, la creación de mitos nuevos es incesante, aunque los contemporáneos no tenemos la consciencia clara de estar haciéndolo; en cuanto a los antiguos, los recordamos como tales, aunque muchas veces son olvidados o menospreciados.

Ahora, se puede notar, dentro del ambiente cultural que nos han dejado los esfuerzos por romper los supuestos corsés que nos imponía la modernidad, una recuperación de muchos de los temas, actitudes y caminos que habían sido iniciados hace siglos. El renovado interés que se puede observar por la cultura mítica es un ejemplo claro de lo que decimos. Los dos artículos que forman parte del presente número misceláneo responden a trabajos sobre dos de los más importantes mitos de la cultura europea: Prometeo, el amigo de los hombres, y Edipo rey, la tragedia siempre presente.

Como su título indica, el artículo de Berrio está destinado a estudiar la película del famoso realizador de cine italiano, ya muerto. Que el cine es uno de los medios expresivos de nuestro siglo es algo que hoy ya nadie discute. Con las posibilidades que proporciona este medio audiovisual, se han hecho a menudo obras bien hechas o torpes con la simple, o no tan simple, intención de entretener; pero también, en ocasiones, disponemos de realizaciones, como la que ha ocupado al autor del artículo, que no podemos sino calificar de ambiciosas, con muchos aspectos para analizar y con mensajes estéticos y culturales de madura profundidad. Berrio analiza el film a través de las claves que nos proporcionan los mitos escenificados por las tragedias clásicas y también con la ayuda de la interpretación actual del psicoanálisis de Freud. Con todo este bagaje, Pasolini hace una película nada banal, a través de la cual interpreta el bello mito. Como de hecho se trata de uno de los temas de nuestros inconscientes antropológicos, nunca serán inútiles las actualizaciones de los vínculos eternos entre padres e hijos, entre naturaleza y cultura.

Como puede desprenderse de la lectura del trabajo de Luri, la adquisición del fuego viene a ser la representación intelectual y plástica más profunda conceptual de que disponemos para explicar la naturaleza humana en sus dimensiones más íntimas. En las diversas versiones que hay del mito, Prometeo toma a los dioses tanto el fuego natural que proporciona vida, como el cultural que se convierte en técnica.

Los artículos de Jordi Pericot «Transitar por los mundos posibles» y de Arantxa Capdevila «Diseño del spot de propaganda política: convergencia y estrategias comunicativas», aunque tratan temas diferentes, tienen algunas coincidencias señalables. En el caso del trabajo de Pericot encontramos un intento de completar su semiótica pragmática con la noción de los «mundos posibles».

Pericot hace muchos años que ha intentado construir una teoría de la imagen a partir de los instrumentos que le proporcionan los estudios lingüísticos y también semióticos. Ahora, en los últimos tiempos, ha extendido su panorama a todo el campo audiovisual. «Mundo posible» es una noción desarrollada a partir de la filosofía de Leibniz y que ha sido aplicada a la comprensión de la creación literaria. Pericot la quiere aplicar a cualquier texto, convirtiéndola así en una «herramienta pragmática» (según sus propias palabras). Tal como queda planteado en el texto que nos ocupa, la creación de mundos posibles constituiría una estrategia pragmática, a través de la cual cada individuo daría sentido a las informaciones que recibiera. Otro de los aspectos sobre el que vale la pena prestar atención es que Pericot, con su estrategia, desdibuja la diferencia que hay entre el mundo real y las construcciones formales; parece como si los humanos viviésemos en un mundo a veces convencional, a veces formal. Es un tema para reflexio-

nar. De la misma forma, creo que sería interesante estudiar la relación que hay entre las nociones de «juego de lenguaje» y «mundo posible», si es que esta última tiene que convertirse en una herramienta pragmática.

Por su parte Capdevila pretende proporcionarnos un camino para estudiar los anuncios televisivos de propaganda política. Lo hace articulando dos herramientas diferentes: la teoría de la argumentación de Chaïm Perelman, de naturaleza claramente lógica, y la noción de «mundo posible», que puede pertenecer a la ontología o al mundo de la poética. El uso de esta noción para poner de manifiesto los mecanismos de la persuasión podría ser un ejemplo práctico de la propuesta que hace Pericot.

Anna Papiol, con su trabajo «Lo perdurable y lo efímero», nos enriquece con una bella reflexión sobre dos de las maneras que, desde la perspectiva humana, tienen las cosas situadas en el mundo: la perdurable y la efímera. Con la ayuda de poetas de la categoría de Píndaro, Horacio, Quevedo y Borges, nos dice cómo hemos entendido en otras épocas el transcurrir del tiempo cultural y cómo hoy, abocados al presente, construimos altares para loar la finitud.

La cultura, la alta cultura especialmente, siempre ha sido una apuesta por trascender el tiempo de una vida. Pero la modernidad instauró en nuestra manera de pensar la innovación como valor fundamental. Lo efímero es la condición de las obras culturales actuales, en una especie de absolutización de la modernidad, banalizándola.

Es evidente que desde la cultura del diseño resulta imprescindible realizar reflexiones sobre lo nuevo y lo que, para nuestros ojos, aún resulta perdurable. ¿Qué sentido tiene la obsolescencia forzada de las formas, al mismo tiempo que se recuperan las propuestas históricas, en una especie de rejuvenecimiento forzado?

En un orden muy diferente de cosas, pero también dentro del mundo del diseño, tenemos el artículo de Emili Padrós y Martín Ruiz de Azúa «Objetos inacabados». Se trata de un alegato en contra del mercado entendido como institución absoluta que ayuda a satisfacer nuestras necesidades y nos hace felices; un mercado nutrido por objetos con los que mantenemos unas relaciones ciertamente notables. Los autores analizan las cargas emotivas que atribuimos a los objetos, más allá de lo que se ha venido llamando las funciones primarias. Se trataría de buscar en los objetos la profundidad antropológica que no hay duda que tienen, más allá de la precariedad a que nos obligan las propuestas que provienen de la competencia comercial.

Con esto retomamos los argumentos desarrollados anteriormente respecto de la variedad de temas que enriquecen el actual número de nuestra publicación. No los hemos de ver como una muestra de heterogeneidad sino como un ejemplo del eclecticismo al uso.

Jordi Berrio